

Los desafíos de las alternativas en América Latina hoy: Movimientos populares y gobernabilidad neoliberal¹

José Seoane²

Si a América Latina le tocó el triste privilegio de ser el primer lugar de experimentación de las recetas neoliberales a nivel internacional bajo el signo trágico de las dictaduras contrainsurgentes del Cono Sur en la década de los '70, los pueblos de nuestra región han protagonizado en la última década y media un ciclo de movilizaciones y resistencias que pusieron en crisis la legitimidad neoliberal convirtiendo a Nuestra América en un verdadero laboratorio social del debate y la construcción de alternativas al neoliberalismo. A partir de un breve señalamiento respecto de este proceso de luchas sociales, intentaremos en lo que sigue presentar los aspectos centrales de los que entendemos son los principales desafíos que afrontan hoy los movimientos sociales de origen popular de nuestra región en su cuestionamiento a la gobernanza neoliberal.

El ciclo de resistencias sociales al neoliberalismo reconoce su inicio a nivel regional hacia mediados de la década de los noventa. Un tiempo marcado por el levantamiento zapatista en el sureste mexicano en los inicios de 1994, las puebladas y cortes de ruta en el norte y sur de la Argentina en 1996 -que fecha el nacimiento del llamado movimiento "piquetero" de trabajadores desocupados- y las movilizaciones campesinas e indígenas en Ecuador que precipitaron la caída del gobierno de Abdalá Bucaram en 1997. Surgidos de las profundidades de las selvas y sierras latinoamericanas, de las periferias de los grandes latifundios, circuitos comerciales y urbes, la constitución de estos movimientos con capacidad de articulación y peso nacional recorría la historia de su crecimiento organizacional y proyección de su influencia desde estas periferias al centro económico y político del espacio nacional en un camino marcado por movilizaciones y levantamientos. De las sierras ecuatorianas a la ciudad de Quito, de la selva Lacandona al Distrito Federal, de las ciudades petroleras del norte y del sur al cordón urbano que circunda la ciudad de Buenos Aires, del Chapare o el Altiplano boliviano a la ciudad de El Alto que rodea La Paz, de las tierras del sur y del norte a Brasilia y San Pablo. Desposeídos o amenazados por la expropiación de sus tierras, trabajo y condiciones de vida, muchas de estas organizaciones se constituían en la identificación política de su desposesión (los sin tierra, sin trabajo, sin techo), en las marcas en las que se asentaba la opresión (su identidad de pueblos originarios) o en el hábitat de vida compartido (los pobladores). En el ciclo de resistencia al neoliberalismo estos movimientos se entrecruzaban y convergían con otros sujetos urbanos donde también nuevos procesos de organización tenían lugar, los trabajadores y sus organizaciones sindicales, los estudiantes y jóvenes, los sectores medios empobrecidos.

Cuando esta convergencia amplia se produjo, con la suficiente intensidad, los sectores subordinados irrumpieron en la ciudadela de la gobernabilidad política neoliberal imponiendo con movilizaciones no sólo la caída de gobiernos sino también la

¹ El presente texto es una versión elaborada en base a la exposición realizada en el marco del Seminario taller latinoamericano y 2º Encuentro nacional de educadores populares organizado en mayo de 2008 por el CEAAL (Consejo de Educación de Adultos de América Latina – Cono Sur) y la red nacional CONFLUENCIA.

² Sociólogo, profesor de la Universidad de Buenos Aires (Argentina) e investigador especialista en la temática de los movimientos sociales en América Latina.

legitimidad callejera como sustento de la recobrada soberanía popular. En este proceso, desde el año 2000 se despliega en la región un período que debe ser considerado como de crisis de legitimidad del modelo neoliberal y que habrá de adoptar diferentes características e intensidades según los países. Su expresión más profunda tendrá lugar bajo la forma de los levantamientos urbanos y las manifestaciones nacionales que conllevarán la renuncia de seis presidentes latinoamericanos entre los años 2000 y 2005³. Pérdida de legitimidad del neoliberalismo que habrá de reflejarse también en la aparición de mayorías electorales críticas a estas políticas en la mayoría de los países del continente. En la explosión de esta crisis de legitimidad del neoliberalismo, a la par de la fuerza conquistada por los movimientos sociales, habrá de jugar un papel significativo también el impacto de la crisis económica regional que se descargó sobre la región desde fines de 1998 y cuyas consecuencias redundarán en una ampliación a nuevos sectores sociales y profundización del descontento respecto de las recetas económicas y los modelos políticos aplicados durante los '90.

En este ciclo que va desde el surgimiento de las resistencias a la crisis de la legitimidad del neoliberalismo, un conjunto específico de prácticas sociales, programáticas y horizontes emancipatorios habrán de surgir en la experimentación de estos movimientos populares. Entre ellos, se destaca la reconceptualización de la política como terreno de la acción colectiva y como práctica de cambio sociopolítico; quebrando así su reducción a una mera administración técnica del programa único de las contrarreformas neoliberales y a una tecnología de control de las poblaciones y sectores sociales afectados por la apropiación y concentración del ingreso y la riqueza que fueron las características vigentes durante la década de los '90. En la experiencia de los movimientos populares esta reconceptualización de la política como práctica colectiva de transformación de lo existente suponía el cuestionamiento a su confinamiento como monopolio del Estado y actividad únicamente legítima de las mediaciones partidarias tradicionales. En ese sentido, la práctica de los movimientos populares implicaba la reelaboración de la política en tres terrenos simultáneos: el de la construcción colectiva de la gestión comunitaria del territorio; el de la demanda, confrontación y negociación con el Estado; y, en tercer lugar, el del cuestionamiento y búsqueda de transformación de la matriz estatal en un horizonte donde la gestión de los asuntos públicos se postulaba más allá de la forma estado.

En esta perspectiva la política se conjugaba indisolublemente como una lógica de democratización de las relaciones sociales y de las formas de gestión de los asuntos colectivos. Una práctica y programática que supuso tanto un proceso orientado a la democratización de las formas de organización y decisión al interior mismo de estos movimientos cuanto un programa de democratización de la gestión público-estatal – cristalizado en lo que dio en llamarse la democracia participativa o de protagonismo popular- y también en la emergencia de una “democracia callejera” con su expresión en el surgimiento de contrapoderes territoriales, lábiles espacios de soberanía popular que

³ Nos referimos a las caídas de los gobiernos de Fujimori en Perú (2000), Jamil Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2005) en Ecuador, Fernando De La Rúa en Argentina (2001), Sánchez de Losada (2003) y Carlos Mesa (2005) en Bolivia. En el mismo período, habría que mencionar también la movilización nacional promovida por el movimiento zapatista en México en 2001 en lo que dio en llamarse la “caravana de la dignidad indígena” así como el intenso proceso de movilización y radicalización social que habrá de tener lugar en Venezuela en respuesta al frustrado golpe de estado en abril de 2002 y que se prolongará por lo menos hasta el referéndum revocatorio presidencial de 2004.

fueron nominados por el pensamiento social en términos de poder popular, contrapoderes o antipoder.

Frente a esta crisis de la hegemonía conquistada por el neoliberalismo y al tiempo que se abrían importantes espacios de experimentación de alternativas, también se desplegaron en los últimos años diferentes dispositivos y estrategias tendientes a suturar la pérdida de legitimidad del modelo y reconstruir la gobernabilidad sistémica. En ese sentido, quisiera presentar un esbozo de lo que a mi entender son las principales tendencias y escenarios sobre los que se orienta la disputa social sobre la gobernanza y las alternativas al neoliberalismo hoy en nuestra región.

La primer tendencia es la que remite a la implementación y expansión de un diagrama de guerra, de militarización social, que promueve la criminalización tanto de la protesta como de la pobreza en un revival de las llamadas “clases peligrosas” que orientó la acción represiva del Estado oligárquico de principios de siglo XX. Expresión de la “guerra infinita” impulsada por el gobierno estadounidense y justificado bajo las invocaciones a las nuevas amenazas del terrorismo y el narcotráfico, este diagrama cristaliza en un conjunto de políticas públicas y contra-reformas jurídicas tendientes a reforzar la capacidad punitiva del Estado, lo que es acompañado en numerosos casos por el fortalecimiento de organizaciones y acciones para-legales. En su constitución y búsqueda de legitimación este diagrama se alimenta de la expansión de la violencia en todas sus formas, reintroduciendo y promoviendo un estado de naturaleza hobbesiano donde siendo “el hombre lobo del hombre” la restauración de la seguridad individual reclama la instauración del Leviatán imperial. De esta manera, una de las tentativas de exorcizar y derrotar esta dinámica democratizadora de protagonismo popular que caracteriza la acción de los movimientos populares en América Latina ha sido la promoción de este proceso de militarización y criminalización social. Proceso que si bien atraviesa con diferentes intensidades todo el continente, tiene entre sus modelos más emblemáticos el actual régimen en Colombia, y parece adquirir una entidad particularmente preocupante en la geografía de países que han convenido tratados de libre comercio con los EE.UU., especialmente en México y Centroamérica.

Una segunda tendencia que quisiera destacar es aquella que, en el marco de la recuperación del crecimiento económico regional a partir del 2003 y de su impacto en la morigeración de las tensiones sociales, se expresó en cambios de elencos gubernamentales favoreciendo un proceso de recuperación de la legitimidad estatal, particularmente orientado a reestablecer de la mano de los “nuevos gobiernos” a la política como monopolio del Estado y a las representaciones partidarias como única mediación legítima de la delegada soberanía popular. En este camino, la relegitimación del Estado se tradujo en su recuperación del control del espacio público restringiendo de esta manera la capacidad de acción y la autonomía de los movimientos populares en un devenir que no dejó de abarcar procesos o de integración política de fracciones o sectores de las clases subalternas y/o de cooptación dirigencial. Así, esta segunda tendencia parece expresarse particularmente en los procesos sociopolíticos en curso en el Cono Sur.

Por último, la tercera tendencia que quería mencionar es la aparición de procesos de disputa del espacio callejero y de la movilización social por parte de las propias elites. En este sentido, uno de los desafíos que enfrentan los movimientos populares en los últimos años es que el espacio de la calle, de la movilización, de aquello que fuera

llamado la democracia callejera o la ilegalidad democrática como lo nominara Boaventura de Sousa Santos, se transforma en un terreno disputado también por los sectores dominantes que promueven toda una serie de estrategias tendientes a ganar una capacidad propia de ocupación y manifestación en el espacio público. Características de procesos que tienen lugar en aquellos países donde se encuentran en curso transformaciones post-neoliberales; uno de los ejemplos más claro de ello resulta la reciente experiencia en Bolivia donde las élites de los departamentos ricos en hidrocarburos y soja del oriente del país motorizan un prolongado e intenso ciclo de movilización social bajo la bandera de un nacionalismo autonomista con ambiciones separatistas. La demanda de autonomía departamental promovida formalmente por los comités cívicos departamentales señala hasta que punto este diagrama de disputa de la legitimidad callejera y de la movilización social supone también un amplio y complejo proceso de colonización y re-semantización de las prácticas y los símbolos que fueran patrimonio de la identidad de los movimientos populares emergidos en las últimas décadas con sus tentativas de desarme ideológico y dilución de la referencialidad política conquistada por los movimientos de origen popular. En esta dirección vale tanto señalar el intento de las elites santacruceñas de capturar la noción de autonomía que fuera una de las matrices de las programáticas y horizontes emancipatorios promovidas por los movimientos indígenas en Bolivia cuanto las tentativas de los sectores dominantes de reacuar la referencia a “los piquetes y las cacerolas” en la Argentina reciente.

A estas tres tendencias de reconstitución de la gobernabilidad neoliberal que hemos reseñado brevemente, debe sumársele la consideración actual sobre los desafíos que afrontan los movimientos populares y la perspectiva de una transformación post-neoliberal en la región. En este sentido, vale referir a dos últimos señalamientos que ciertamente condicionan el devenir de la coyuntura y el futuro próximo. Por un lado y en primer lugar, debemos considerar el hecho de que estamos en presencia de una ofensiva de los llamados “halcones”, del núcleo duro de los neoconservadores del actual gobierno de EE.UU. que aspiran a avanzar cuanto se pueda con su agenda internacional ante la posible derrota electoral del partido republicano el próximo noviembre e incluso como parte de su propia campaña electoral. Ello ha exasperado los procesos de militarización social, intervención y desestabilización de los gobiernos populares o donde hay en curso procesos de transformación social. La intervención colombiano-estadounidense en Ecuador con el bombardeo del campamento de las FARC o la puesta en funcionamiento de la IV Flota estadounidense son algunos de los ejemplos de esta política.

Por otro lado y en segundo lugar, debemos tener en cuenta y seguir con detenimiento la evolución e impacto de la crisis económica que surgida del desplome de la burbuja especulativa de los créditos inmobiliarios en Estados Unidos se expande hoy a Europa y a nivel internacional. En su evolución, los últimos meses han sido testigos de los intentos de su traslado a la periferia, en el curso del desplazamiento de la especulación financiera internacional desde el mercado inmobiliario de los países centrales a las materias primas, particularmente los agro-alimentos y los hidrocarburos. En este sentido, especialmente el alza de los precios de los alimentos en el mercado internacional impacta gravemente sobre los sectores populares y, particularmente, en los países dependientes de la importación de estos productos; expresándose ya en un nuevo ciclo de revueltas del hambre a nivel global. Asimismo, modifica los compromisos al interior de los sectores dominantes exasperando el peso y las iniciativas orientadas a la

expansión del complejo del agro-business. Por otra parte, la profundidad de la crisis, que recién comienza a hacerse sentir, quiere ser utilizada por los sectores de poder a nivel internacional y local como una nueva palanca para motorizar sus propios intereses, conseguir la aceptación de la profundización del recetario neoliberal y volcar sus consecuencias sobre los sectores subalternos. Así, si la crisis hunde sus raíces en los procesos de liberalización económica que forjó la implementación del neoliberalismo, su impacto y su amenaza intenta ser utilizado en los organismos internacionales – particularmente en las postergadas negociaciones en la Organización Mundial del Comercio- para justificar una nueva ronda de liberalizaciones comerciales a nivel mundial. Estas pretensiones no hacen sino prolongar las pasadas experiencias de la llamada “crisis de la deuda externa” o los procesos hiperinflacionarios de la década de los ´80 donde, como señala Naomi Klein en su caracterización del capitalismo de shock, la inestabilidad económica traducida en su capacidad de afectación sobre los sectores populares puede ser utilizada para consolidar el modelo neoliberal y debilitar los procesos de transformación social. Por contrapartida, el escenario de una nueva crisis económica plantea también tanto la necesidad como la posibilidad de avanzar en una dirección diferente, en nuevos pasos hacia un camino efectivo de salida del modelo neoliberal. Para ello se cuenta con una extendida programática forjada por los movimientos populares en sus experiencias de convergencias a nivel regional e internacional. En particular su impacto en los precios de los alimentos otorga nueva relevancia a las propuestas que bajo la bandera de la “soberanía alimentaria” vienen siendo levantadas desde hace varios años por las convergencias globales y, en particular, por los movimientos campesinos latinoamericanos y a nivel internacional. En este sentido, plantea la posibilidad de profundizar los procesos de protagonismo y organización popular en la búsqueda de respuestas efectivamente progresistas a la situación actual.

Afrontar estos desafíos, realmente complejos, nos convoca necesariamente a un pensar desde la raíz los problemas planteados, nos exige un examen a fondo de las fuerzas sociales y estrategias en juego, nos propone una mirada donde la urgencia del presente sea elaborada a la luz de las perspectivas y objetivos de mediano plazo, y para todo ello nos invita insistentemente a recuperar los horizontes emancipatorios que fueron forjados por los movimientos populares en esta década y media de luchas sociales en América Latina y que se encuentran en el centro de un debate serio sobre las alternativas en la región; desde aquellos planteados por los movimientos indígenas en relación con el “estado plurinacional” hasta los que se desprenden de la experiencia venezolana en referencia al “socialismo del siglo XXI”. Se trata de retomar estos horizontes emancipatorios para pensar los desafíos que enfrentamos hoy en la construcción de nuestra América. Porque, parafraseando a Eduardo Galeano, son esos horizontes no solo los que nos mantienen caminando sino también y fundamentalmente los que nos orientan hacia dónde marchar juntos.